

de textos sacados de los escritos de los hombres mas sabios antiguos y modernos; pero me contento con insertar un excelente trozo de un ilustre español, de uno de los hombres mas grandes del siglo xvi. Es Luis Vives.

*"Jam mems ipsa, suprema animi et celsissima pars, videbit quantopere sit tum natura sua tarda ac præpedita, tum tenebris peccati cæca, et à doctrina, usu, ac solertia imperita et rudis, ut ne ea quidem quæ videt, quæque manibus contrectat, cujusmodi sint, aut qui fiant assequatur, nedum ut in abdito illa naturæ arcana possit penetrare; sapienterque ab Aristotele illa est posita sententia: Mentem nostram ad manifestissimam naturæ non aliter habere se, quam noctuæ oculum ad lumen solis: hæc omnia, quæ universum hominum genus novit, quæ sunt pars eorum quæ ignoramus? nec solum id in universitate artium est verum, sed in singulis earum, in quarum nulla tantum est humanum ingenium progressum, ut ad medium pervenerit, etiam in infimis illis ac vilissimis; ut nihil existimetur verius esse dictum ab Academicis, quam: scire nihil." (Ludovicus Vives, De Concordia et Discordia, L. 4. C. 3.)*

Asi pensaba este grande hombre, que á mas de estar muy versado en toda clase de erudicion asi sagrada como profana, habia meditado profundamente sobre el mismo entendimiento humano; que habia seguido con ojo observador la marcha de las ciencias, y que como lo acreditan sus escritos, se habia propuesto regenerarlas. Sensible es que no se puedan copiar por extenso sus palabras, así del lugar citado como de su obra inmortal sobre las causas de la decadencia de las artes y ciencias y el modo de enseñarlas.

Como quiera, á quien se manifestase descontento porque se han dicho algunas verdades sobre la debilidad de nuestros alcances, y tuviese recelos de que esto dañara al progreso de las ciencias, porque así se apoca el entendimiento, será bien recordarle, que el mejor modo de hacer progresar á nuestro espíritu es el que se conozca á sí mismo; pudiendo á este propósito citarse la profunda sentencia de Séneca: "pienso que muchos hubieran podido alcanzar la sabiduría, si no se hubiesen presumido que la habian ya alcanzado. *Puto multos ad sapientiam potuisse pervenire, nisi se jam crederent pervenisse.*"

(9) Pág. 57.—Es cierto que al acercarse á los primeros principios de las ciencias se encuentra el entendimiento rodeado de espesas sombras. He dicho que de esta regla general no se exceptúan las mismas matemáticas, cuya certeza y evidencia se han hecho proverbiales. El cálculo infinitesimal que en el estado actual de la ciencia puede decirse que la domina, estriba sin embargo en algunas ideas sobre los límites, ideas que hasta ahora nadie ha podido aclarar bien. Y no es que trate de poner en duda su certeza y verdad; solo me propongo hacer notar, que si se quisiera llamar á exámen en el tribunal de la metafísica las ideas

que son como los elementos de ese cálculo, no dejarían de poder esparcirse sobre ellas algunas sombras. Aun concretándonos á la parte elemental de la ciencia, se podrían tambien descubrir algunos puntos que no sufrirían sin algun daño un detenido análisis metafísico é ideológico; cosa que sería muy fácil manifestar, si lo consintiese el género de esta obra. Entre tanto puede recomendarse á los lectores la preciosa carta dirigida por el distinguido jesuita español *Eximeno* á su amigo *Juan Andrés*; donde se hallan observaciones muy oportunas sobre la materia, hechas por un hombre á quien de seguro no se puede recusar por incompetente. Esta carta está en latin, y su título es: *Epistola ad clarissimum virum Joannem Andresium.*

Por lo que toca á las otras ciencias no es necesario insistir en manifestar cuánta oscuridad se encuentra al acercarse á sus primeros principios; pudiéndose asegurar que los brillantes sueños de los hombres mas ilustres han reconocido este origen. Impulsados por el sentimiento de sus propias fuerzas, penetraban hasta los abismos en busca de la verdad; allí la antorcha se apagaba en sus manos, por valerme de la expresion de un ilustre poeta contemporáneo, y extraviados por un oscuro laberinto se entregaban á merced de su fantasía y de sus inspiraciones, tomando por la realidad los hermosos sueños de su genio.

(10) Pág. 60.—Para ver con toda claridad, para sentir con viveza la innata debilidad del espíritu humano, no hay cosa mas á propósito que recorrer la historia de las heregias, historia que debemos á la Iglesia por el sumo cuidado que ha tenido en definir las y clasificarlas. Desde Simon Mago que se apellidaba el legislador de los judios, el reparador del mundo, el Paraclete, mientras tributaba á su querida Helena culto de latría bajo el nombre de Minerva, hasta Herman predicando la matanza de todos los sacerdotes y magistrados del mundo, y asegurando que él era el verdadero hijo de Dios, puede un observador contemplar ese vasto cuadro, que si bien es muy desagradable, cuando no por otras causas, al menos por su extravagancia, no deja sin embargo de sugerir graves y profundas reflexiones sobre el verdadero carácter del espíritu humano; manifestando la sabiduría del Catolicismo, cuando en ciertas materias se empeña en sujetarle á una regla.

(11) Pág. 65.—Quizás no todos se persuadirían fácilmente de que las ilusiones y el fanatismo estén como en su elemento, en medio de los protestantes; y por esto será preciso traer aquí el irrecusable testimonio de los hechos. Podrían escribirse sobre el particular crecidos volúmenes; pero habré de contentarme con una rapidísima reseña, empezando desde Lutero. Yo no sé si puede llevarse mas allá el delirio, que el pretender haber sido enseñado por el diablo, y gloriarse de ello, y sostener con tamaña autoridad las nuevas doctrinas. Y sin embargo, el fundador del Protestantismo, el mismo Lutero, es quien así delira, dejándonos

consignado en sus obras el testimonio de su entrevista con Satanás. ¿Puede darse mayor desvarío? Ya fuese real la aparición, ya fuese un sueño de cabeza calenturienta, ¿puede llegarse más allá en la línea del fanatismo que jactarse de haber tenido tal maestro? Varios fueron los coloquios que según nos dice él mismo, tuvo con el diablo, pero es digna de referirse la visión, en que según nos cuenta con toda seriedad, le obligó Satanás con sus argumentos á prohibir la misa privada. La descripción que del caso nos hace es muy viva. Despierta Lutero á media noche, se le aparece Satanás, Lutero se horroriza, suda, tiembla, y el corazón le palpita de un modo horrible. Entáblase no obstante la disputa; el diablo á fuer de buen dialéctico, le estrecha con sus argumentos de tal manera no le queda respuesta. Lutero queda vencido; y no es extraño, porque la lógica del diablo dice que andaba acompañada con una voz tan horrorosa que helaba la sangre. "Entonces entendí, dice este miserable, lo que sucede á menudo, de que mueren repentinamente muchos al amanecer, y es que el demonio puede matar ó ahogar á los hombres; y hasta sin esto, los pone con sus disputas en tales apuros, que puede causar la muerte de esta manera, como muchas veces lo he experimentado yo." El pasaje es peregrino.

El fantasma de Zuinglio, fundador del Protestantismo en Suiza, no deja también de presentar un ejemplo de ridícula extravagancia. Quería este heresiarca negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; pretendiendo que lo que hay debajo de las especies consagradas no es más que un signo. Como en la Sagrada Escritura se expresa tan claramente lo contrario, se hallaba embarazado con la autoridad del sagrado texto; cuando hé aquí que mientras se imaginaba que estaba disputando con el Secretario de la Ciudad, se le aparece un fantasma blanco ó negro, como nos dice él mismo, y le señala una salida que le deja libre del apuro. Este gracioso cuento lo sabemos por el mismo Zuinglio.

¿Quién no se aflige al ver á un hombre como Melancton entregado á las preocupaciones y manías de la superstición más ridícula? ¿al verle neciamente crédulo en materia de sueños, de fenómenos raros, de pronósticos astrológicos? y sin embargo nada hay más cierto; léanse sus cartas y se tropezará á cada paso con semejantes miserias. Al tiempo de celebrarse la dieta de Augsburgo, parecíanle presagios muy favorables al nuevo *Evangelio*, una inundación del Tiber, el que en Roma una mula hubiese dado á luz un monstruo con un pie de grulla, y el haber nacido en el territorio de Augsburgo un becerro con dos cabezas. Estos acontecimientos eran para él anuncios indudables de un cambio en el universo, y singularmente de la próxima ruina de Roma por el cisma. Así escribía seriamente á Lutero. Forma él mismo el horóscopo de su hija, pero está temblando por ella á causa de que Marte presenta un aspecto horrible, asustándole

no menos la pavorosa llama de un cometa muy septentrional. Los astrólogos habían pronosticado que por el otoño serían los astros más favorables á las disputas eclesiásticas, y ese pronóstico basta para consolar á nuestro buen hombre de que las conferencias de Ausburgo sobre religión vayan tan lentamente; y se ve además que sus amigos, es decir, los gefes del partido, se dejan dominar también por tan poderosas razones. Como si no tuviera bastantes penas, se le pronostica que había de padecer un naufragio en el Báltico, y él se guardará de surcar aquellas aguas fatales. Cierta franciscano había tenido la humorada de profetizar, que el poder del papa iba á debilitarse y en seguida á caer para siempre, como y también que en el año 1600 el turco dominaría la Italia y la Alemania; y el bueno de Melancton se gloria de tener en su poder la profecía original, además que los terremotos que suceden le confirman en su creencia.

Apenas acababa de erigirse en juez único el espíritu privado, ya la Alemania estaba inundada de sangre por las atrocidades del más furioso fanatismo. Matías Harlem, anabaptista, puesto á la cabeza de una turba feroz, manda saquear las iglesias, destrozar sus ornamentos, y quemar todos los libros como impíos ó inútiles, esceptuando solo la Biblia. Situado en Munster, que él llama *La montaña de Sion*, hace llevar á sus pies todo el oro y plata y joyas preciosas que poseen los habitantes, lo deposita en un tesoro comun, y nombra diáconos para la distribución. Obliga á todos sus discípulos á comer en comun, á vivir en perfecta igualdad, y á prepararse para la guerra que habían de emprender, saliendo de la *Montaña de Sion*, para someter, según decía, á su poder todas las naciones de la tierra; y muere por fin en un arrojado temerario, en que se prometía que *cual nuevo Gedeon*, exterminaría con un puñado de hombres, el ejército de los impíos. No faltó á Matías un heredero de fanatismo, presentándose luego Becold, quizás más conocido bajo el nombre de Juan de Leyde. Este fanático, sastre de profesión, echó á correr desnudo por las calles de Munster, gritando: *El rey de Sion viene*. Entró en su casa, se encerró allí por tres días, y cuando el pueblo se presentó preguntando por él, aparentó que no podía hablar. Como otro Zacarías pidió por señas recado de escribir, y escribió que Dios le había revelado que el pueblo había de ser regido por jueces, á imitación del pueblo de Israel. Nombró doce jueces, escogiendo aquellos que le eran más adictos, y hasta que la autoridad de los nuevos magistrados fué reconocida, tuvo él la precaución de no dejarse ver de nadie. Estaba ya asegurada en cierto modo la autoridad del nuevo profeta, pero no se contentó con el mando efectivo, sino que le ambicionó rodeado de toda pompa y magestad; propúsose nada menos que proclamarse *rey*. En tan lastimoso vértigo estaban los fanáticos sectarios, que no le fué difícil salir á cabo con su loca empresa: no se necesitaba más que jugar una grosera farsa. Un platero, que estaba en inteligencia

con el aspirante á rey, y que tambien se hallaba iniciado en el arte de profetizar, se presenta á los jueces de Israel y les habla de esta manera: *Hé aquí lo que dice el Señor Dios, el Eterno: como en otro tiempo yo establecí á Saul sobre Israel, y despues de él á David, no siendo mas que un simple pastor, así establezco hoy á Bécold, mi profeta, rey de Sion.* Los jueces no podian determinarse á renunciar; pero Bécold aseguró que tambien habia tenido él la misma revelacion, que la habia callado por humildad, pero que habiendo Dios hablado á otro profeta, era menester resignarse á subir al trono, *para cumplir las órdenes del Altísimo.* Los jueces insistieron en que se convocase al pueblo, que en efecto se reunió en la plaza del mercado; y allí, habiéndosele presentado por un profeta de parte de Dios una espada desnuda en señal de quedar constituido justiciero sobre toda la tierra para estender el imperio de Sion por los cuatro ángulos del mundo, fué proclamado rey con ruidosa alegría, y coronado solemnemente en 24 de Junio de 1534. Como se habia casado con la esposa de su predecesor, la elevó tambien á la dignidad real; pero si bien á esta sola la miró como reina, no dejó de tener hasta diez y siete mugeres; todo conforme á la santa libertad que en esta materia habia proclamado. Las orgías, los asesinatos, las atrocidades y delirios de todas clases que se siguieron, no hay por qué referirlo: pudiendo asegurarse que los diez y seis meses del reinado de este frenético, no fueron mas que una cadena de crímenes. Clamaron los católicos contra tamaños excesos, clamaron tambien, es verdad, los protestantes; pero ¿quién tenia la culpa? ¿No eran aquellos que habian proclamado la resistencia á la autoridad de la Iglesia, y que habian arrojado la Biblia en medio de aquellos miserables, para que con la interpretacion individual se les trastornase la cabeza, y se arrojara á proyectos tan criminales como insensatos? Así lo conocieron los mismos anabaptistas, y así es que se indignaron sobre manera contra Lutero que con sus escritos los condenaba. Y en efecto: quien habia sentado el principio ¿qué derecho tenia para atajar las consecuencias? Si Lutero encontraba en la Biblia que el papa era el Anticristo, y de su propia autoridad se arrojaba á destruir el reino del papa, exhortando á todo el mundo á conjurarse contra él; ¿por qué no podian tambien los anabaptistas decir: *que habian hablado con Dios, y que habian recibido el mandato de esterminar á todos los impios, y de constituir un nuevo mundo en que vivieran solamente los pios é inocentes, siendo dueños de todas las cosas?*

Herman, predicando la matanza de todos los sacerdotes y magistrados del mundo; David Jorge proclamando que solo su doctrina era perfecta, que la del antiguo y nuevo testamento era imperfecta, y que él era el verdadero Hijo de Dios; Nicolás desechando la fé y el culto como inútiles, despreciando los preceptos fundamentales de la moral, y enseñando que era bueno perseverar en el pecado para que la gracia pudiese abundar; Hacket, preten-

diendo que habia descendido sobre él el espíritu del Mesías, enviando á dos de sus discípulos, Arthington y Coppinger, á vocear por las calles de Lóndres que el Cristo venia allí con su vaso en la mano, y clamando él mismo á la vista del cadalso y en el trance del suplicio: “¡Jehováh! ¡Jehováh! ¿no veis que los cielos se abren, y á Jesucristo que viene á libertarme?” Esos deplorables espectáculos, y cien y cien otros que podriamos recordar, son pruebas harto evidentes del terrible fanatismo nutrido y avivado por el sistema protestante. Venner, Fox, William Sympson, J. Naylor, el conde Tinzendorf, Wesley, el baron de Sweedenborg, y otros nombres semejantes, bastan para recordar un conjunto de sectas tan locas, y una série de estravagancias y crímenes tales, que darian materia para formar gruesos volúmenes, donde se presentarían los cuadros mas ridiculos y mas negros, las mayores miserias y estravíos del espíritu humano. Eso no es fingir, no es exagerar; ábrase la historia, consúltense los autores, no precisamente católicos, sino protestantes, ó sean cuales fueren; por donde quiera se encontrarán abundancia de testigos que deponen de la verdad de esos hechos; hechos ruidosos, sucedidos á la luz del día, en medio de grandes capitales, en tiempos que casi tocan á los nuestros. Y no se crea que se haya agotado con el trascurso del tiempo ese manantial de ilusion y de fanatismo; á lo que parece, no lleva camino de cegarse, y la Europa está condenada todavía á escuchar la relacion de otras visiones como la acaecida en la fonda de Lóndres al baron de Sweedenborg, y á ver pasaportes de tres sellos como los que despachaba para el cielo Juana Soutchote.

(12) Pág. 71.—Nada mas palpable que la diferencia que media en este punto entre los protestantes y los católicos. En ambas partes hay personas que se pretenden favorecidas con visiones celestiales; pero con las visiones los protestantes se vuelven orgullosos, turbulentos, frenéticos, mientras los católicos ganan en humildad, y en espíritu de paz y de amor. En el mismo siglo XVI, cuando el fanatismo de los protestantes llevaba revuelta la Europa entera, y la inundaba de sangre, habia en España una muger que á juicio de los protestantes y de los incrédulos, debe de ser una de las que mas han adolecido de achaque de ilusion y fanatismo; pero el pretendido fanatismo de esa muger, ¿hizo derramar acaso, ni una gota de sangre, ni una sola lágrima? Y sus visiones ¿eran acaso órdenes del cielo para esterminar á los hombres, como desgraciadamente sucedia entre los protestantes? Despues que en la nota anterior se habrá horrorizado el lector con las visiones de los sectarios, quizás no le desagradará tener á la vista un cuadro tan bello como apacible.

Es Santa Teresa, que escribiendo su propia vida, por motivos de pura obediencia, nos refiere sus visiones con un cando angelical, con una dulzura inefable. “Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta vision, veia un ángel cabe mí, hácia el lado

izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver, sino por maravilla, aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la vision pasada, que dije primero. En esta vision quiso el Señor le viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman serafines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios." (Vida de Santa Teresa cap. 29 núm. 11).

Hé aquí otra muestra. "Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenia estas plumas, sino las de unas conchitas, que echaban de sí gran resplandor. Era grande mas que paloma, perécame que oia el ruido que hacia con las alas. Estaria aleando por espacio de una Ave María. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose á sí, de sí la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que segun mi parecer, la merced tan maravillosa le debia de desasosegar y espantar, y como comenzó á gozarla, quitósele el miedo y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento." (V. cap. 28. núm. 7).

Difícil será encontrar algo de tan bello, espresado con tan vivo colorido, y con tan amable sencillez.

No será inoportuno el copiar otros dos trozos de distinto género, que al paso que harán sensible lo que nos proponemos evidenciar, podrán contribuir á despertar la afición hácia cierta clase de escritores castellanos que van cayendo en olvido entre nosotros, mientras los estrangeros los buscan con afán, y hacen de ellos lujosas ediciones.

"Estando una vez en las horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas, ni lados, ni alto, ni bajo, que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo Nuestro Señor como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma, le veía claro como en un espejo, y tambien este espejo (yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicacion que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fué esta vision de gran provecho, cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme á entender, que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla, y quedar muy negro, y así no se puede representar, ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser, y que los herejes, es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que oscurecido. Es muy diferente el como se ve, á decirse, por-

que se puede mal dar á entender. Mas hame hecho mucho provecho y gran lástima de las veces que con mis culpas oscurecí mi alma, para no ver este Señor." (Vida, cap. 40. núm. 4).

En otro lugar esplica un modo de ver las cosas en Dios, y presenta su idea bajo una imágen tan brillante y grandiosa, que nos parece que leemos á Malebranche esplanando su famoso sistema.

"Digamos ser la Divinidad como un claro diamante, muy mayor que todo el mundo, ó espejo, á manera de lo que dije del alma en otra vision, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera, que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda ver que cosas tan feas se me representan en aquella limpieza de caridad, como eran mis pecados." (Vida, cap. 40, núm. 7).

Supongamos ahora con los protestantes, que todas esas visiones no sean mas que pura ilusion; pero es evidente que ni estravian las ideas, ni corrompen las costumbres, ni perturban el orden público; y ciertamente que aun cuando no hubieran servido mas que para inspirar tan hermosas páginas, no habria por qué dolernos de la ilusion. Y hé aquí confirmado lo que he dicho sobre los saludables efectos que produce en las almas el principio católico, no dejándolas cegar por el orgullo, ni andar por caminos peligrosos, antes limitándolas á un círculo. desde el cual no pueden dañar á nadie, si es que sus favores del cielo no sean mas que ilusion, y no perdiendo nada de su fuerza y energía para hacer el bien, dado caso que su inspiracion sea una realidad.

Mil y mil otros ejemplos podria citar, pero en obsequio de la verdad me he limitado á uno solo, escogiendo á Santa Teresa, ya por ser una de las que mas se han distinguido en la materia, ya por ser contemporánea de las grandes aberraciones de los protestantes, ya tambien por ser española; aprovechando esta oportunidad de recordarla á los españoles que empiezan á olvidarla.

(13) Pág. 79.—He indicado las sospechas que inspiraban algunos de los corifeos de la reforma, de que procediendo de mala fé, y no dando asenso á lo mismo que predicaban, tratasen únicamente de alucinar á sus prosélitos. No quiero que se diga que he andado con ligereza en achacarles ese cargo, y así produciré algunas pruebas que garanticen mi asercion.

Oigamos al mismo Lutero. "Muchas veces pienso á mis solas, que casi no sé donde estoy, ni si enseño la verdad ó no." (*Sape sic mecum cogito: propemodum nescio, quo loco sim; et utrum veritatem doceam, necne.*) (Luther. colloquio. Isleb. de Christo.) Y este es el mismo hombre que decia: "Es cierto que yo he recibido mis dogmas del cielo: no permitiré que juzgueis de mi doctrina ni vosotros, ni los mismos ángeles del cielo." "Certum est dogmata mea habere me de cælo, Non sinam vel